

Filóstrato

Vida de Apolonio de Tiana

Introducción, traducción y notas
de Alberto Bernabé



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la introducción, traducción y notas: Alberto Bernabé Pajares, 2021
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-178-4
Depósito legal: M. 320-2021
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción
- 59 Bibliografía

Vida de Apolonio de Tiana

- 67 Libro I
- 133 Libro II
- 189 Libro III
- 247 Libro IV
- 309 Libro V
- 367 Libro VI
- 441 Libro VII
- 505 Libro VIII

- 573 Índice de nombres

Introducción

1. El renacimiento literario griego en época imperial

La *Vida de Apolonio de Tiana*¹ es una de las obras más representativas, si no la más, de la literatura griega de un período poco conocido para el gran público –salvo quizá por la figura de Luciano de Samósata– y con demasiada frecuencia menospreciado por la crítica: el renacimiento literario que, en las atinadas palabras de Reardon², «en formación ya a finales del siglo I, se precisa en época de Adriano, se anima bajo los Antoninos, se prolonga en la

1. Mantengo el título *Vida de Apolonio de Tiana* porque es el que habitualmente se le da a la obra, pero el título griego debería traducirse más bien *Sobre Apolonio de Tiana* o *En honor de Apolonio de Tiana*; cf. G. Boter, «The title of Philostratus' 'Life of Apollonius of Tyana'», *Journal of Hellenic Studies* 135, 2015, 1-7.

2. B. P. Reardon, *Courants littéraires grecs des II^e et III^e siècles après J. C.*, París, 1971, IX.

corte en la que Julia Domna tiene su salón... y se debilita cuando, a mediados del siglo III, por un lado, sucede a la paz continua del Imperio Romano medio siglo de luchas intestinas, y por otro, el cristianismo comienza a imponerse sobre la cultura pagana». Una época en la que la prosa y, dentro de ella, la retórica predominan sobre cualquier otro género, protagonizadas por el rétor no forense, el conferenciante, que en ciertos aspectos resucita el tipo del antiguo sofista. Son nombres como los de Aristides, Luciano, Alcifrón y Arriano, además de Filóstrato, los que encarnan estas nuevas actitudes en literatura.

Fue el propio Filóstrato quien, en sus *Biografías de los Sofistas*, acuñó, para denominar este movimiento, el término de «Segunda Sofística» por el que, pese a algunas discrepancias en la crítica moderna acerca de su mayor o menor propiedad, seguimos designándolo. La razón de que Filóstrato prefiriera esta denominación a la de «Nueva Sofística» la explica el propio autor: no es un movimiento nuevo, sino antiguo, que se inicia, según él, con Esquines, el rival de Demóstenes³, y opuesto desde el primer momento a la primera sofística, la de Protágoras y Gorgias, a la que Filóstrato califica de «retórica entregada a la filosofía». Frente a la afición de los primeros sofistas por los temas filosóficos, la segunda sofística, siempre según esta especie de «declaración programática» de Filóstrato, se identifica más bien con los temas históricos. Junto a este renacimiento sofístico, la segunda creación de la época es un nuevo género literario destinado a alcanzar un enorme desarrollo en el futuro: la novela.

3. Filóstrato, *Biografías de los Sofistas* 481 y 507.

Este fecundo período de la literatura griega se ve, no obstante, desatendido con frecuencia, cuando no despreciado, por sus historiadores, que lo tildan de oratorio, frío, libresco, artificial y pedante, y le achacan carencia de originalidad y abundancia de referencias literarias del pasado⁴. Contribuyen a fomentar esta opinión, por un lado, la existencia de todo un movimiento de la época, el aticismo, que pretende resucitar, de forma a menudo demasiado servil, la pureza del antiguo dialecto ático, de su vocabulario, morfología y sintaxis, huyendo de la auténtica lengua hablada; y por otro, la teoría formulada por entonces de que la literatura es una *mimesis* o imitación de los modelos clásicos, lo que la hace parecer más dirigida al pasado que al presente. En concordancia con esta valoración, se ha tratado repetidamente de buscar motivos de esta «pérdida de vigor» de la literatura griega, en comparación con la vitalidad que dio lugar a las grandes creaciones de las épocas arcaica y clásica. No carecen, sin duda, de cierta realidad algunos de los más frecuentemente aducidos, como, por ejemplo, el cansancio espiritual de la época⁵, que se manifiesta por un lado en el abandono de la investigación científica y en una incapacidad creadora que obliga a volver la vista atrás, y por otro, en el desplazamiento de los antiguos centros literarios a la periferia.

4. Cf., por ejemplo, la rotunda e injusta valoración de la *Vida de Apolonio* que aparece en el prólogo de la Edición Aldina (1502): «no recuerdo haber leído nunca nada peor ni menos digno de ser leído».

5. J. Alsina, Introducción a su traducción de Luciano, *Obras*, Barcelona, 1962, XXIII.

Con todo, una serie de estudios tienden a estimar de forma diferente y más justa la época que nos ocupa⁶. En ellos se manifiestan ante todo los defectos de óptica de la anterior valoración, entre los que es fundamental el prurito, tan propio de nuestra época, de considerar la originalidad como principal mérito artístico. Se trata más bien de que, frente a las épocas arcaica o clásica, épocas de pioneros literarios, de creación, los autores del Imperio tratan de consolidar esa tradición creada, de prestarle al mundo el inmenso servicio de enseñarle y conservarle lo que los antiguos descubrieron, de ejercitar la educación (por utilizar el término griego, la *paideia*) de una antigua y fecunda cultura. De acuerdo con esta visión, no podemos concebir esta literatura que tiene siempre presente la tradición como una mera imitación servil, sino como un conjunto de referencias a un amplio patrimonio literario, que se estima como muy digno de conservación.

En otras palabras: cambia la literatura porque ha cambiado profundamente la situación vital, tanto de sus cultivadores como de su público. Por fijarnos en un par de aspectos de una cuestión realmente compleja, frente al antiguo ciudadano de la *polis*, el griego de época imperial se encuentra, no ya como el de época helenística, habitante de una gran comunidad griega, sino más aislado y perdido aún, si cabe, dentro de la inmensa comunidad mediterránea aglutinada por el Imperio Romano. En ese

6. Destaquemos, como más amplios, el ya citado de Reardon y el de C. García Gual, *Los orígenes de la novela*, Madrid, 1972, ambos con abundante bibliografía.

enorme ámbito la cultura griega corre el riesgo de desaparecer, de ser absorbida por la de los conquistadores, por lo que los autores literarios de la época asumen la importante responsabilidad de conservarla de forma consciente. Por otro lado, frente a una vida fuertemente comunitaria, dentro del pequeño marco de la *polis*, el nuevo habitante del Imperio queda alejado de los centros de poder, y no es por ello extraño que, en vez de una relación directa, inmediata, entre el literato y su público, en la que se implicaban los grandes problemas políticos, como fue posible en el siglo VI a. C. a través del canto lírico, o en el V, por medio de una manifestación tan popular como el teatro, nos hallemos ahora ante la nueva cultura del erudito, que se comunica con su público selecto a través de la conferencia o el libro.

No obstante, no todo es conservadurismo en esta época, como las líneas anteriores pudieran hacernos pensar, sino todo lo contrario: junto a estas tendencias conservadoras hallamos una intensa búsqueda en todos los sentidos. Como señala Perry⁷, el hombre griego, perdida su identidad como ciudadano (*polites*), se vuelve «un vagabundo espiritual, que rara vez sabe adónde va o qué hace, con el resultado de que llega a casi todas partes con su mente y su cuerpo y alumbra toda clase de concepciones». Esa búsqueda desordenada de lo nuevo, en un momento de ruptura del pensamiento racional, provoca unas curiosas mezclas entre cultura y superstición, un desvanecimiento de los límites entre las escuelas filosófi-

7. B. E. Perry, «Literature in the Second Century», *Classical Journal* 50, 1955, 295-298.

cas, como la platónica, la estoica y la peripatética, con su búsqueda de un dios desconocido, y la idea inefable e irracional de la divinidad, que lleva al misticismo o a manifestaciones secundarias, como la superstición, la magia o el espiritismo. El panteón olímpico se aleja progresivamente del interés de las conciencias religiosas y la religión se va volviendo más personal; asimila primero los misterios y las creencias en la salvación y acaba, andando el tiempo, por cubrir sus necesidades con el cristianismo, que, surgido en principio en zonas marginales del Imperio y en capas sociales antes completamente marginadas, termina por venir a llenar las necesidades espirituales de la mayoría y por imponerse de forma casi absoluta.

Esta búsqueda se manifiesta asimismo en una insaciable curiosidad, en un deseo desmesurado por lo prodigioso, en lo exótico e inaudito, que lleva tanto a descripciones más o menos reales de tierras o pueblos lejanos como a fantasías de toda especie sobre maravillas increíbles. Por ello el gran género popular de la época es la novela, con sus estupendas aventuras, los inacabables viajes de sus protagonistas a tierras lejanas, la primacía de lo erótico, de la aventura y del final feliz, para un hombre de la calle lo suficientemente angustiado por el clima de inseguridad física y moral entonces reinante como para desear evadirse de la realidad. La literatura se propone ahora como fin primordial entretener: busca satisfacer la enorme avidez de su público por lo exótico y pintoresco, por lo novelesco y lo romántico.

Pero, centrándonos algo más en el momento en el que escribe Filóstrato, hemos de aproximarnos a la visión de la historia política, cultural y religiosa que aportan al Im-

perio los Severos⁸. Se trata de una serie de emperadores, de origen africano y sirio, que, por serlo, no se sentían ligados a la tradición romana de la vieja casta senatorial, circunstancia que permitió que salieran a flote nuevos elementos culturales, antes soterrados, y se igualaran en importancia a los tradicionales griegos y romanos. Es además un momento en el que los sofistas ocuparon un papel predominante en la sociedad. Son secretarios del emperador o maestros de la juventud, y su formación se siente atraída hacia todos los temas, aunque sin profundizar en ninguno de ellos. La irreligiosidad inspira aversión, y el Imperio se abre a múltiples divinidades nuevas, desde Baal y Tanit hasta Serapis, y a toda clase de supersticiones, aceptadas sin la menor crítica, mientras que la filosofía abandona cada vez más el racionalismo para interesarse por lo sobrenatural y por la pureza moral. Un síntoma claro es que las palabras «filosofía» y «filosofar» se aplican en Filóstrato a múltiples terrenos con los que antes no tenía nada en común, como aspectos de la historia religiosa o del culto, o incluso la retórica.

2. Filóstrato y el círculo de Julia Domna

Es en esta época, pues, cuando ve la luz Filóstrato, un autor cuya investigación se ha visto desde el primer momento dificultada por la identidad de nombres de varios Filóstratos de la misma familia, así como por la

8. Sobre lo cual, cf. T. Mantero, *Ricerche sull'Heroicos di Filostrato*, Génova, 1966, 21 ss.

escasez de nuestras fuentes y los errores que en ellas advertimos.

El testimonio más importante sobre los Filóstratos es un artículo en la *Suda*, léxico-enciclopedia del siglo X, que distingue tres autores del mismo nombre: uno, de Lemnos, hijo de Varo y padre del segundo, activo en época de Nerón y autor, entre otras obras, de un *Gimnástico* y de un *Nerón*. El segundo, un sofista que floreció en la época de Septimio Severo, en cuya producción se incluyen las siguientes obras: *Cartas*, *Biografías de los Sofistas*, *Vida de Apolonio de Tiana*, *Heroico* y *Cuadros*. El tercero, un hijo de Nerviano, sobrino del segundo citado y autor de otros *Cuadros*. La imposibilidad de que un contemporáneo de Nerón sea padre de un contemporáneo de Severo, a más de que el segundo citado es en realidad el primero cronológicamente, son dos de los múltiples errores de esta fuente, errores que han viciado y complicado la investigación posterior.

Junto a este testimonio, disponemos de una mención en el *Códice Vaticano*, en un epítome de las *Biografías de los Sofistas* (recogido en la edición de Kayser de esta obra, XXVIII), que identifica al autor de estas biografías con el de la *Vida de Apolonio* y las *Cartas*, y, por último, contamos asimismo con un pasaje de un rétor del siglo III a. C. llamado Menandro⁹, que afirma que el autor de los *Cuadros* es el mismo que el del *Heroico*.

Aún podemos añadir dos datos de las propias obras: el primero es que el autor de las *Biografías de los Sofistas* se

9. Editado por B. Muruzábal, Madrid, 2019 (accesible online <https://eprints.ucm.es/51591/>).

menciona a sí mismo como autor de la *Vida de Apolonio*; el segundo es que en las mismas biografías se alude a otro Filóstrato, también Lemnio, en términos amigables¹⁰.

Así pues, no solo se discute la atribución de cada obra a uno u otro de estos tres autores, sino que incluso se discute el número de Filóstratos, que, según los estudiosos, oscila de dos a cinco. No es este el lugar de ocuparnos de nuevo en tan espinosa cuestión, que, por otra parte, dista de estar resuelta definitivamente¹¹.

El autor de la *Vida de Apolonio*, que es el que aquí nos interesa, debió de nacer entre 160 y 170 d. C. en Lemnos, ciudad a la que cita, a propósito de los sátiros, en esta obra (6.27), y fue probablemente hijo de sofista, dado que tal actividad en esta época se transmitía con frecuencia de padres a hijos. Entre sus maestros se citan dos discípulos del famoso Herodes Ático: Proclo de Náucratis e Hipódromo de Larisa, a más de otros renombrados rétores, como Demiano de Éfeso y Antípatro de Hierápolis. Este último fue educador de los hijos de Septimio Severo, Geta y Caracalla, y probablemente el introductor de Filóstrato en el círculo de la esposa de Septimio, la siria Julia Domna, en cuyos trabajos debió de colaborar desde comienzos del siglo III. Precisamente la redacción de la *Vida de Apolonio* se debe a un encargo de la emperatriz, pero, dado que Filóstrato no le dedicó

10. *Biografías de los Sofistas* 2.33.

11. El tema comienza a aclararse en el artículo de F. Solmsen, «Philostratos» 10, en *RE*, 1941, 124 ss. Cf., además, G. W. Bowersock, *Greek Sophists in the Roman Empire*, Oxford, 1969, 14; J. Elsner, «A Protean corpus», en E. L. Bowie y J. Elsner, *Philostratus*, Cambridge-Nueva York, 2009, 3-1, 8, pero aún quedan muchos cabos sueltos.

la obra, parece que hemos de aceptar que esta biografía vio la luz poco después de 217, el año en el que la emperatriz puso fin a su vida al recibir la noticia de la muerte de su primogénito, Caracalla.

Sobre este círculo de filósofos, científicos y sofistas, reunido en torno a Julia Domna, se ha fantaseado mucho. Se ha llegado incluso a parangonarlo con los mecenazgos del Renacimiento italiano y a dibujar un fantástico retrato de la emperatriz como una mezcla de Catalina de Médicis, Cristina de Suecia y Mesalina. Por otro lado, y sin la menor razón, se incluía en el círculo a todos los autores más conocidos de la época.

En un pulcro trabajo, Bowersock¹² volvió las aguas a su debido cauce. En realidad es muy poco lo que sabemos de cierto sobre el círculo. Desde luego, existió, y el propio Filóstrato lo define como tal círculo (*kyklos*) en la *Vida de Apolonio*¹³, mientras que en otro lugar, al mencionar a un tal Filisco, un sofista de Tesalia, nos dice que estaba unido a «los geómetras y filósofos que rodean a Julia»¹⁴. Por su parte Dión Casio¹⁵ aclara que la emperatriz se había dedicado a diversiones intelectuales por la enemistad del poderoso prefecto de la guardia Fulvio Plauciano, que la excluía de la política. Si esto es así, el círculo se configuraría en los últimos años del siglo II. En cuanto a una carta que nos ha llegado, dirigida por Filóstrato a Julia Domna¹⁶, no puede servirnos de testimonio válido dado que con toda

12. Bowersock, *Greek Sophists...*, 101-109.

13. 6.27.

14. *Biografías de los Sofistas* 622.

15. Dión Casio, 75.6-7.

16. Filóstrato, *Carta* 73.

probabilidad es espuria. En todo caso, no parece que el círculo contara con figuras de gran importancia, ya que las personalidades más relevantes de la época tendían a aproximarse a las esferas de poder, de las que Julia había quedado, mal de su grado, al margen.

En cuanto a los intereses y aspiraciones del círculo, la propia *Vida de Apolonio* es especialmente apta para ejemplificarlos. Parece que Julia Domna trató de convertir a Apolonio en el prototipo de la fusión entre religión y filosofía que se opera en su época, y que le interesaba especialmente destacar en él su elevación de sentimientos, la pureza de su vida y su piedad hacia lo divino.

A la muerte de Julia Domna y, naturalmente, ya fuera del círculo, escribe Filóstrato sus *Biografías de los Sofistas*, verdadero programa de la Segunda Sofística, dedicado a Antonio Gordiano, cónsul de África. Asimismo se le atribuyen el *Heroico*, diálogo acerca del culto de los héroes, unas *Cartas*, predominantemente amorosas, especie de poemas líricos en prosa, un *Gimnástico*, estudio de las competiciones gimnásticas y tipos de deportes, y unos *Cuadros*, descripciones de los cuadros de una colección de Nápoles. Es quizá también autor de un diálogo, el *Nerón*, equivocadamente introducido en el grupo de los de Luciano, y que presenta muchos puntos de contacto con las referencias a Nerón que abundan en la *Vida de Apolonio*.

El interés de Filóstrato abarca, como vemos, prácticamente todas las formas literarias de la época, a excepción de la novela: el diálogo, la biografía, la narración o la descripción de obras de arte (*ekphrasis*). En cuanto a los asuntos que trata, se interesa por la filosofía, la moral, la religión, el arte y la temática erótica, así como por la des-

cripción de objetos o lugares exóticos. A partir de una formación semejante a la de Luciano y Alcifrón, se asemeja mucho literariamente al autor de Samósata, si bien carece de su sentido dramático y de su inclinación a la sátira. Sobre una base retórica, crea una literatura que está en los antípodas de lo que hoy llamamos «comprometida», en la que brillan por su ausencia los problemas referentes a la sociedad de su tiempo: algo que podríamos denominar «literatura por la literatura», configurada con la mayor libertad y fantasía y un escaso escrúpulo por la verdad histórica. Su prosa, influida por el aticismo, no se deja, sin embargo, encorsetar en un excesivo artificio, sino que posee, pese a una cierta inclinación al preciosismo, una evidente frescura que, en ocasiones, plantea no pocas dificultades para su traducción¹⁷.

Este es, pues, a grandes rasgos, el autor de la *Vida de Apolonio*, pero ¿quién fue este Apolonio, que mereció la atención de los círculos cercanos a la corte imperial de Roma, como para consagrarle una biografía tan extensa como esta?

3. Apolonio de Tiana

Debió de nacer Apolonio en Tiana, una ciudad de Capadocia, en los primeros años de la era cristiana, y morir, de acuerdo con Filóstrato, en la época de Nerva, esto es,

17. Cf. la valoración de Focio, *Biblioteca*, cód. 44. 9b.21 ss.: «En cuanto a su estilo, es claro, gracioso, conciso y lleno de dulzura. Se complace en emplear tanto arcaísmos como giros de la mayor novedad».

entre los años 96 y 98. Algunas voces, sin demasiado fundamento, han dudado de esta cronología, según veremos en esta misma «Introducción», § 5, pero no se ha conseguido articular una propuesta alternativa suficientemente basada como para convencer. Poca fue la huella que debió de dejar en su época Apolonio, a juzgar por el silencio de las fuentes contemporáneas. Por otra parte, fuera de la extensa biografía de Filóstrato y de las disputas que su figura suscitó después entre los autores cristianos y paganos tardíos, a las que después aludiré, las demás referencias a Apolonio son escasas, si bien todas tienen algo en común: unánimemente se nos presenta un Apolonio que tiene mucho más de hechicero y taumaturgo que de filósofo. Por citar algún ejemplo, el historiador Díon Casio lo menciona en dos ocasiones: en una de ellas refiere cómo Apolonio vio desde Éfeso el asesinato de Domiciano, que estaba teniendo lugar en Roma¹⁸; en la otra nos cuenta cómo a Caracalla «le agradaban tanto los magos y hechiceros, que a Apolonio el capadocio, que floreció en época de Domiciano y fue un consumado hechicero y mago, lo ensalzaba y honraba, e incluso le construyó un *heroon*»¹⁹. También los escritores de la *Historia Augusta* se refieren a él. Así, se cuenta²⁰ que, cuando Aureliano se disponía a destruir Tiana, se le apareció Apolonio y lo convenció para que respetara su ciudad natal.

18. Díon Casio, 67.18, quien probablemente la toma de *Vid. Apol.* 8.25-26.

19. Díon Casio, 88.4. Un *heroon* era un santuario erigido en honor de un ser humano que había adquirido la consideración de héroe. A menudo se erigía en su tumba, real o supuesta.

20. *El divino Aureliano* 24.

Asimismo se sabe²¹ que Severo Alejandro rendía culto en un santuario privado a la imagen de Apolonio, junto con las de Cristo, Abraham y Orfeo. No faltan alusiones más despectivas, como la de Luciano²², quien, en su sarcástica descripción del falso profeta Alejandro, dice que fue discípulo de Apolonio y agrega: «¡Ya ves qué clase de escuela tenía el individuo del que hablo!»». Presumiblemente debía de estar escrito en tonos parecidos el libro de Merágenes sobre Apolonio, del que nos habla el propio Filóstrato²³.

Este tipo humano no carece de paralelos. Además del ya mencionado de Alejandro, podemos citar a Peregrino, objeto también de una obra de Luciano, *Sobre la muerte de Peregrino*, que presenta varias coincidencias con la *Vida*²⁴, y especialmente el propio Pitágoras o, mejor dicho, el tipo humano en el que la leyenda acabó por convertir a Pitágoras y que se refleja, por ejemplo, en sus biografías tardías, como las de Porfirio y Jámblico²⁵: un taumaturgo, relacionado con la sabiduría caldea y egipcia, entre cuyos saberes se incluían nociones filosóficas, unidas a prácticas ascéticas, veneración religiosa y la capacidad de obrar maravillas. La relación es particularmente estrecha entre la *Vida de Apolonio* y la *Vida de Pitágoras* de Jámblico, entre las que se han señalado numerosas analogías. Dado que sabe-

21. *Severo Alejandro* 29.2.

22. Luciano, *Alejandro o el falso profeta* 5.

23. *Vid. Apol.* 1.3. Hay otros testimonios en términos semejantes, que sería largo enumerar aquí. En épocas recientes es normal que tampoco los historiadores de la filosofía lo consideren un filósofo.

24. Cf. J. Bompaire, *Lucien écrivain: imitation et création*, París, 1958, 615 ss.

25. Cf. D. Hernández de la Fuente, *Vidas de Pitágoras*, Gerona, 2011.

mos que Apolonio escribió una biografía de Pitágoras (citada, entre otros, por el propio Jámblico, *Vid. Pit.* 254), se ha llegado a pensar que Filóstrato pudo usarla como fuente, atribuyéndole al Tianeos rasgos o anécdotas que Apolonio refería acerca de Pitágoras, lo que explica las coincidencias con Jámblico, que se sirvió igualmente de ella como fuente para su biografía de Pitágoras.

El propósito primordial de Filóstrato es negar en su biografía que Apolonio fuera un hechicero o practicante de la magia negra y reivindicar su figura, convirtiéndola en la de un representante excelso de la «verdadera sabiduría», a la altura de filósofos antiguos como Empédocles, Demócrito o Platón, por no hablar del propio Pitágoras. Para ello llega incluso a atacar a los brujos, tanto en su propia narración como en boca de Apolonio²⁶. No obstante, pese a sus buenos propósitos, los rasgos con los que nos presenta su figura hacen asomar aquí y allá inevitablemente la figura del taumaturgo. Apolonio hace milagros (4.25, 6.27), resucita a una muerta o, al menos, aparentemente muerta (4.45), hace profecías (1.10, 4.4, 34, 6.32), expulsa demonios (4.20, 25, 6.27), sana enfermos (4.4), aparta la peste (4.10), evoca muertos (4.16), aparece súbitamente en un lugar apartado (4.10, 8.10), ve lo que sucede en lugares lejanos (8.26), habla lenguas sin haberlas aprendido (1.19), posee la capacidad de comprender a los animales (1.20) y un largo etcétera de poderes, algunos de ellos íntimamente relacionados con lo chamánico. Por otra parte, hay aspectos más propiamente religiosos que filosóficos

26. Cf. *Vid. Apol.* 1.26, 5.12, 7.39, y especialmente la defensa de Apolonio en 8.7.

(si bien la distinción entre ambos, como ya he dicho, se va borrando progresivamente en esta época), como son su vida de predicador, así como sus visitas a los templos y su afán por reformar sus cultos.

En realidad cabe decir que el autor nos ofrece dos personajes distintos: el Apolonio filósofo y el taumaturgo, y no logra conciliar muy bien a ambos, a más de que, pese a sus intenciones declaradas de limpiar la figura de Apolonio de sus aspectos mágicos, no puede evitar la tentación de lo maravilloso, tan del gusto del público de la época. En suma, lo que pretende ofrecernos Filóstrato es un retrato idealizado del hombre divino, o mejor, de lo que los griegos llamaban el *theîos anér*²⁷, dado que «divino» (*theîos*), para los griegos de la época, tiene un sentido bastante diferente de lo que tal palabra evoca en nuestra conciencia lingüística. Para las religiones politeístas «dios» es tan solo alguien que difiere de un hombre en que no muere y posee poderes sobrenaturales,

27. Filóstrato define al «hombre divino» en *Vid. Apol.* 8.7. L. Gil, *Therapeia. La medicina popular en el mundo clásico*, Madrid, 1969, 470, nota 14, señala cómo están presentes en Apolonio los rasgos típicos de la actuación de los *theîoi ándres*, comparándolos con otros testimonios. Así, por ejemplo, las enfermedades en cuestión son largas y de suma gravedad (*Vid. Apol.* 3.38, 4.20, y cf. las inscripciones recogidas por V. Dittenberger, *Sylloge inscriptionum Graecarum*, 3ª ed., Leipzig, 1905-1921, con los núms. 802.95 y 805.5); los médicos se ven impotentes frente a ellas (*Vid. Apol.* 4.18; cf. Apuleyo, *Metamorfosis* 10.2.12, y Eliano, *Varia Historia* 12.1, fr. 89); las curaciones portentosas emanan de su poder (*Vid. Apol.* 7.38 ss., 6.24 y 4.45) y no del empleo de artes mágicas (*Vid. Apol.* 1.2, 4.45, 6.12, 7.39 y 8.7). Cf. págs. 76 ss. de la citada obra de Gil para una caracterización de este tipo humano, así como la presentación de M. López Salvá, «Hombres divinos», en A. Bernabé y S. Macías Otero (eds.), *Religión griega: una visión integradora*, Madrid, 2020, 132-142.

por lo que la posesión de ciertos poderes sobrehumanos hacen confundirse al hombre con la esfera de lo divino, además de que ya Platón²⁸ pensaba que los filósofos se acercaban a la divinidad por su perfecta bondad.

Filóstrato, por otra parte, precisa que los poderes de Apolonio se deben a una especial ascesis (8.7), con lo cual no hace otra cosa que profundizar en un concepto acuñado por Juliano el teúrgo, el concepto de teúrgia²⁹, heredado luego por Porfirio y el neoplatonismo. La teúrgia la practica un sabio que, por la ejemplaridad y pureza de su vida y por su amor a la sabiduría, goza de la comunidad con los dioses y es intermediario entre dioses y hombres. En todo caso, tenemos datos que aseguran que Apolonio llegó a recibir culto. Además del *heroon* que le dedicó el emperador Severo Alejandro, al que ya he aludido, sabemos que en Éfeso recibía culto bajo la advocación de Heracles Tutelar³⁰, y, entre otros, Eunapio³¹ habla de adoradores de Apolonio.

Nos consta, además, que Filóstrato ha añadido rasgos de su propia cosecha en la configuración de la figura de Apolonio. Así, por ejemplo, se pueden detectar influjos socráticos en el diálogo y en varios elementos de la propia biografía, se evidencia claramente que las opiniones políticas del de Tiana se aproximan más al punto de vista filostrateo que al atribuible a Apolonio, y otro tanto cabe decir de las

28. Platón, *Teéteto* 176b.

29. Cf. Mantero, *Ricerche...*, 42.

30. Cf. Hierocles en Lactancio, *Instituciones divinas* 5.3. En cuanto a los pasajes en los que Apolonio se relaciona con Heracles Tutelar, cf. *Vid. Apol.* 4.10, 8.7.

31. Eunapio, *Vida de Crisancio*.